

Alcalá, Jaén, Segorbe, Salamanca, Tarazona, Solsona, Barbastro, Jaca, Astorga y preconizado de Ciudad Real, todas las Autoridades de Zaragoza, Comisiones de varias diócesis, numerosa nobleza, el pueblo de Zaragoza y más de 20.000 fieles procedentes de todas las regiones españolas asistieron á dicha solemne ceremonia, llevando á los piés del bendito Pilar el homenaje de la piedad y del amor de la nación española.

Es indescriptible lo que sucedió aquel día en Zaragoza: desde las doce de la noche se abrió el Santo Templo y empezaron á celebrarse Misas, invadiendo el público la santa Capilla que ofrecía un aspecto encantador. Se celebraron sin interrupción misas en el altar de la Virgen hasta las doce, y en todas las capillas y sacristías había gran número de sacerdotes esperando turno, calculándose en más de 3.000 las Misas celebradas.

A las cuatro se cantó Misa solemne de Infantes.

A las siete celebraron los Señores Obispos de Lérida y Barbastro, dando la Comunión fuera de la verja de la Santa Capilla, y fué tan extraordinario el número de fieles que se acercaron á la Sagrada Mesa, que á pesar de haber cuatro comulgatorios, duró más de hora y media la Comunión general.

A las diez y media se celebró la Misa mayor, oficiando de Pontifical el Excmo. Sr. Nuncio, y predicó el Ilmo. Sr. Obispo de Sión, cantando muy elocuentemente las glorias de la Virgen del Pilar. En el presbiterio, á la parte del Evangelio y junto á la *via sacra* frente al altar, se sentó en un sillón el duque de Zaragoza, representante de S. M. el Rey, acompañado de dos canónigos, y al lado de la Epístola y en la misma posición, se sentó en otro sillón la Condesa viuda de Torrejón, representante de S. M. la Reina, acompañada de las presidentas de la Junta Central de Madrid y de la Comisión de Zaragoza.

Los señores Obispos ocuparon los sitios preferentes de ambos lados del Coro por orden de antigüedad, asistidos por dignidades preeminentes y canónigos más antiguos.

Concluida la Misa se dirigieron el clero, autoridades y comisiones procesionalmente á la Angélica Capilla, llevándose en andas la riquísima corona, oficiando de Pontifical en esta ceremonia el Sr. Arzobispo. No es descriptible el efecto de entusiasmo sublime y desbordante que produjo en la multitud